

---

## EL CRISTIANISMO Y LA REVOLUCION FRANCESA

---

### CONFERENCIA PRIMERA

---

#### INTRODUCCION

---

Dos sistemas: un Dios muerto: un Dios vivo.—Principio de la crítica literaria.—Relaciones entre la literatura y las instituciones religiosas.—Por que es estéril la Revolución de España.—Armonía de la servidumbre religiosa y la servidumbre política.—Escuela de los nuevos guelfos en Italia.—Ideal de libertad fundado en la censura.—Los dos Papas del siglo XIX.—Roma y Rusia.—Del hambre moral en un pueblo.

SEÑORES:

Comienza para nosotros un nuevo año que reclama tambien un espíritu nuevo. Existe una condicion particular para la persona que desempeña estas cátedras, y es que su audito-

rio se rejuvenece y renueva constantemente. En las demás asambleas, el tiempo pesa igualmente sobre el que habla y los que le escuchan. Se vive y envejece á la par. Aquí, por el contrario, los días sólo se acumulan sobre una cabeza. La juventud, la edad madura, la ancianidad, se suceden en el orador. En cambio, de vuestro lado, la primavera del año reverdece á cada estacion, y con ella la curiosidad del espíritu, la audacia del pensamiento, la esperanza, permanecen lo que eran. En una palabra, la vida que se desliza para mí, es inagotable para vosotros. Cuando yo no exista, vuestra juventud será la misma que hoy. Como auditorio que se renueva de año en año, de generacion en generacion, no perecereis.

Esta suerte sería muy desigual si, mientras vosotros gozáis de un presente eterno, el tiempo que se hunde tras mis pasos fuera perdido para mí. Me es grato creer que las palabras que he pronunciado no han muerto; que el alma que he procurado difundir vive todavía, aunque solo sea en pequeño número de vosotros. Y tan sólo de esta manera puede establecerse la continuidad de la enseñanza, que es la imagen de la misma vida. Están léjos de aquí, dispersos segun las mi-

ras de la Providencia, aquellos en medio de los cuales comencé en Lyon el curso de mis ideas que prosigo ahora: otros les han reemplazado, los que á su vez han desaparecido. Hoy soy nuevo para muchos, y sin embargo, debo suponer que me conoceis y que, á pesar del trascurso de los años, queda aquí un espíritu que guarda al menos un recuerdo de mi pensamiento. De otra manera ¿cuál sería mi tarea? Rehacer lo que ya he hecho; repetir lo que ya he dicho; girar en un círculo sin salida.

He considerado siempre á este auditorio como un ser moral que conserva la memoria, y me permite así avanzar cada año un paso mas en el camino de la verdad. De una parte, lo que hay de permanente en la palabra sincera germina en algunos espíritus que representan para nosotros los años trascurridos; de otra, oyentes nuevos que acaban de entrar en la vida reclaman con impaciencia una nueva base en la enseñanza. Dejemos, pues, la antigua ribera, los antiguos asuntos; aspiraremos con esta generacion nueva á una nueva generacion de hechos y de ideas: sobre todo elevemos y engrandezcamos cada vez mas nuestro pensamiento.

Este método es el de la naturaleza. La ola

corre y refleja otro cielo: la antigua sávia circula en plantas rejuvenecidas; ¿permanecerá inmóvil el espíritu humano? Si así fuese, caeríamos por bajo de la naturaleza muerta. No sé si hemos hecho algo, mas lo cuento como nada al lado de lo que tenemos que hacer; no nos entretengamos en volver á empezar. En vez de regocijarnos en nuestra obra comun como en un peculio reunido, tomemos por divisa la frase de un gran pensador americano: *Lo antiguo está hecho por los esclavos.*

Todos los hechos, todos los sistemas religiosos, políticos, filosóficos, morales, literarios que agitan hoy al mundo, se reducen necesariamente á dos. Piénsase en uno de ellos que, á partir de cierto momento, todo terminó en la naturaleza y en el espíritu, que la Biblia se ha cerrado, que la eternidad no le añadirá ni una sola página, que el espíritu de Dios no se pasea ya en el infinito, que algunos siglos han usurpado toda la sabiduría, toda la grandeza de la raza humana, y que no resta sino imitarlos; en una palabra, que la tierra desheredada, huérfana, es un sepulcro divino en que cada generacion escribe á su vez con su sangre y con sus lágrimas el epitafio de un mundo.

Piensan otros, por el contrario, que cada

dia, cada instante encierra una creacion, que el sol que ha brillado en el Génesis se levanta sobre nuestras cabezas con su esplendor immaculado, que si algunos hombres se cansan, Dios no se desalienta como ellos, que no cerró en la Edad-media las puertas de su Iglesia, que no le fatiga el volver las páginas del libro de la vida, que no está perpétuamente sentado, inmóvil sobre el escabel de David, sino que se pasea entre sus [criaturas, evocando á cada momento por su nombre, cosas, hechos, pueblos, generaciones nuevas.

Sin entrar hoy en el fondo de estos sistemas de desaliento y de esperanza, preguntaré tan sólo ¿si todo se ha acabado, si la accion divina se ha detenido, porque llama esta generacion nueva á las puertas de la vida? ¿Por qué ha salido de la nada? ¿Dónde estaba hace ménos de veinte años? ¿Qué viene á hacer aquí? ¿Qué pide? ¿Se cree que llega sin mision, sin vocacion? En mi concepto, quien la considerase con atencion vería que lleva sobre su frente la huella de un pensamiento que surge con ella por vez primera en el mundo.

¡Que los recién-venidos nos digan si están cansados de los años que no han vivido! ¡Qué importa que la antigüedad, la edad-media, el feudalismo, los tiempos modernos, Napoleon,

las invasiones de 1814 y 1815, hayan precedido á su nacimiento! ¿El fardo, de los tiempos pasados les impide entrar con la cabeza alta en la vida? ¿Porqué correría la sangre ménos velozmente en sus venas que en tiempo de la caballería, ó de Luis XIV, ó de los ejércitos de la República? Todas las generaciones anteriores han cumplido su obra; tambien ellos tienen la suya, cuyo tipo sagrado llevan en sí mismos. A su llegada á la tierra dícenles los viejos: «Haced lo que nosotros; el mundo es viejo: Roma, Byzancio, Egipto pesan sobre vuestras frentes. La Iglesia de Gregorio VII ha tapiado sus puertas: todo está consumado: venis muy tarde á la vida; no conocemos sino un Dios muerto; sentaos con nosotros en la tumba eterna.»

Pero ellos, por el contrario, sintiendo la impulsión aun reciente de Aquel que les envía, dán un mentís interior á ese pretendido cansancio del espíritu creador. El instante que se despiertan á la vida del alma, de la inteligencia, es tan fecundo, tan sagrado como lo haya sido en cualquiera otra época: contiene el mismo infinito que nuestros padres no han agotado ni disminuido. ¡Escuchad en vosotros! El despertar del alma está hoy tan lleno de porvenir como pudo estarlo en el prin-

cipio de las cosas. La tierra no se cansa de moverse ni la sávia de subir. ¿Porqué el espíritu del hombre se habria cansado de investigar, de amar, de pensar y de adorar? Aunque las generaciones al pasar hayan bebido en la copa de la vida, ésta no ha disminuido su caudal. Todo hombre que viene al mundo nace para ser rey, no siervo del pasado.

¡Ah! si la Historia acumulándose sobre nuestro Occidente, si esta erudicion que pesa sobre nuestra Europa, si la lectura y el estudio de lo que ha sido imaginado, ejecutado en épocas anteriores, debiera dispensarnos de obrar, de pensar y de ser á nuestra vez, si aceptásemos esa herencia, como un hijo de familia que descansa en las acciones de sus antepasados, creería que toda esa ciencia era tan sólo un don engañoso y empozoñado, puesto que su primer efecto sería dispensarnos de vivir, creería que el Mediodía particularmente acabaría por sepultarse bajo un fardo de ritos, de formas, de libros, de recuerdos inmóviles. Pero mirando las cosas de más cerca, veo cómo el individuo puede llevar en sí la historia del género humano sin sentirse abrumado.

Los naturalistas han dicho que el hombre físico atraviesa ántes de nacer la escala de las formas de la vida, hasta que adquiere, por de-

cirlo así, conciencia de la naturaleza entera. Acontece lo mismo al hombre moral: pasa á través de todas las formas, de todas las épocas de la historia; y la obra maestra de su educación, que sólo termina en la muerte, es representar en esta ascension de vida la humanidad acumulada y desenvuelta en su espíritu. Hay una edad en que reproduce rasgo por rasgo, sobre las rodillas de su madre, la humanidad oriental, soñando en Dios: hay otra en que el ardor de la adolescencia recuerda la Grecia: despues, con la madurez aparece en él el hombre moderno. A medida que reúne en sí mismo esos rayos divinos, diseminados en la constitucion del género humano, á través del tiempo, más poderosa va siendo su vida.

Figuraos un hombre que en las diferentes épocas de su vida haya sentido la grandeza de la naturaleza como Moisés en el Oreb, tenido el amor desinteresado de la gloria como un artista griego, amado á su pais como un romano y á la humanidad como un cristiano, sentido el entusiasmo de la fé como Juana de Arco y el de la razon como Mirabeau, y que sin detenerse en ninguno de estos escalones del pasado prosiga desenvolviendo en sí la sávia del espíritu: este hombre, verdadero

espejo de la humanidad, podria esclamar al morir: *he vivido*.

Si deseamos conformar nuestra conducta á estas ideas ¿qué asunto elegiremos para las explicaciones del presente año? No debemos elegirlo; es menester que nos sea impuesto por la naturaleza de las cosas; es decir, que sea de un lado mas vasto que los ya desenvueltos, y que de otro, se ligue mas íntimamente al génio de las sociedades que debemos representar aquí.

Bajo este punto de vista mi situacion es especial. La cátedra que desempeño es nueva; nadie me ha precedido en ella, de lo que resulta que mi deber es ante todo echar sus fundamentos. No me basta haber hablado aisladamente del espíritu de ciertos pueblos, de Italia, de España, de Grecia, haber removido los nombres y las obras de Dante, de Maquiavelo, de Camoens, del Tasso, de Jordano Bruno, de Campanella; es necesario aun mostrar el lazo, el alma comun á esos pueblos y esos hombres, establecer la relacion del Mediodía con Francia, con el Norte y señalar la condicion y la mision de la Europa meridional en el mundo moderno. Ahora, nada de esto es posible si nos condenamos á flotar siempre en la superficie de las cosas, si no abrazamos de

una vez, en una misma mirada, las revoluciones religiosas, de las que son simple consecuencia las instituciones políticas, la literatura y las artes. Estas revoluciones religiosas, estas tormentas que en ciertas épocas estallan en el dogma y amenazan al principio trastornarlo todo, son el espíritu de vida que vuelve á soplar sobre la mar estancada. El hombre que se ha construido su albergue retrocede ante la tempestad: sus cabellos se erizan de pavor; pero poco á poco, el abismo se cierra, la cólera cede. Del seno del dogma engrandecido sale una creación, es decir, una época nueva: un nuevo *fiat lux* ha sido pronunciado: poemas, instituciones, otro ideal, surgen súbitamente de esta erupción del espíritu.

Cuando he hablado de Homero y de Platon me ha parecido indispensable remontarme á la mitología, ¿cómo al hablar de los legisladores, de los poetas, de los historiadores cristianos podría abstenerme de hablar del cristianismo? Vedadme el estudio de la Iglesia, en su más alta acepción, y el alma de mi objeto desaparece. ¿Qué quereis que os diga de Italia sin el papado, de Calderon sin el catolicismo, de la filosofía española sin Luis de Granada y Santa Teresa, de América sin los dominicos, de la Alhambra sin el islamismo, de Bizancio

sin la religion griega, de las instituciones de Alfonso sin los concilios, de Felipe II sin la reforma, del Oriente sin Mahoma, del mundo sin el Evangelio? En los años anteriores hemos tratado del jesuitismo; despues, de un sistema más vasto, del ultramontanismo. Hoy, á impulsos de la naturaleza misma de las cosas, nuestro asunto se engrandece todavía más. Hablaremos de las revoluciones religiosas en su relacion con la civilización y la literatura del Mediodía en particular, y de Francia en general.

Quiero ver en su sublime inocencia la Iglesia primitiva y compararla con lo que despues ha sido: quiero contemplar de cerca ese ideal que se levanta en la cuna de las sociedades modernas y medir hasta qué punto lo ha realizado cada pueblo en sus empresas y pensamientos escritos; porque cada pueblo cristiano es, al nacer, un apóstol que trae su misión particular. Todos caminan sembrando la palabra, muchos acaban por el martirio.

¿Cómo el obispo de Roma se ha convertido en jefe de la Iglesia? ¿Porqué fases pasó ese poder extraordinario que ha sido por tanto tiempo el alma del Mediodía? ¿Cómo fué aceptada y más tarde destruida esa dictadura de la monarquía del espíritu? ¿Porqué la Iglesia

griega se separó tan pronto y qué destinos preparó esta excision á la Grecia moderna y á Rusia? Por otra parte, quiero ver como nace del judaismo y de una herejía cristiana la potencia del Coran. El choque, y frecuentemente la mezcla del islamismo y del catolicismo nos mostrarán á España en su lengua, en sus leyes, en su política: recordaré que he leído sus poetas en el Alcázar de Sevilla y en el Generalife de Granada; me detendré con alegría en esta Arabia cristiana. Pero no conoceríamos el Mediodía si no le opusiéramos el Norte. El gran divorcio de ámbos estalla en la reforma; España é Italia nos serán entonces explicadas por sus opuestas, Alemania é Inglaterra. Seguiremos así el gran oleaje de las cosas divinas y de las revoluciones religiosas hasta la Revolucion francesa, que es el resúmen y el coronamiento de todas las precedentes: llegaremos, en fin, á nosotros mismos, é inquiriremos si no hay indicios de reconciliacion en el género humano despues de tantas discordias divinas. Tales son reunidas en breves palabras las cosas en que nos hemos de ocupar: constituyen, por decirlo así, las ideas que nutren á la humanidad moderna.

No os espanteis de la grandeza de estos asuntos; son más sencillos cuanto más gran-

diosos. Acepto su estudio con placer, pensando que han de ayudar á nuestra educacion. Dejemos, despojémonos de las pequeñas preocupaciones, entremos en su exámen sin hiel, como hombres libres de ódios que no buscan, que no piden nada sino el yugo de la verdad.

Antes de engolfarnos en este vasto pasado, echemos una mirada sobre el sistema actual de los pueblos del Mediodía de Europa. ¿Qué hace España? Lo que más me ha pasmado al recorrerla es convencerme de que en medio de una revolucion que debia cambiarlo todo, la antigua intolerancia religiosa subsiste inalterable en la ley; la intolerancia de la edad-media sigue siendo la religion del nuevo Estado. Se han mudado los nombres, se han derribado las murallas, se ha castigado á las piedras, pero nada ha cambiado en el espíritu del dogma en que descansa la España moderna. Aun hoy, á la hora presente, nadie puede hablar de religion en un artículo de periódico sin el permiso del clero. ¿Y qué sucede? Se ha creído poder destruir la servidumbre política respetando la servidumbre religiosa, pero la primera proviene necesariamente de la segunda.

¿Se há visto nunca semejante espectáculo? ¡Lánzase un pueblo temerariamente en el por-

venir; amenaza renovarlo todo, y comienza por negarse el libre exámen en el preámbulo de sus nuevas instituciones! De aquí que en ese caos y apesar de su brio heróico, no encuentre una idea, un pensamiento con el que pueda, al mismo tiempo que salvarse, ayudar al género humano. España posee hoy poetas de brillante fantasía, pero espera aun que le sea permitido pensar. ¡Dolores infecundos! ¡Sangre vertida que sólo produce lágrimas! Agítase en el vacío, gira en los estrechos límites de un dogma inmovil sin poder descubrir una salida, y recae siempre en la misma consecuencia, en el antiguo despotismo político, sombra inseparable del despotismo espiritual. Allí donde el sacerdote puede decir á un pueblo entero: dame tu espíritu sin exámen; el príncipe, con lógica inflexible, dice tambien: dame tu libertad sin cortapisas.

Por otro lado, ¿qué pasa en Italia? Desde Dante hasta Hugo Fóscolo, el espíritu ha protestado allí contra sus ligaduras: la historia de la filosofía italiana es la historia del heroísmo de la inteligencia. Hoy gran número de escritores, sin empeñar nuevos combates, cansados de buscar nuevos ideales, se refugian en el seno de Roma: el pueblo se pasma de la precipitada retirada de estos

hombres; no comprende ni una palabra de las esperanzas que contienen sus libros, Prométese en ellos á los italianos la corona del mundo, si quieren ser el pueblo sacerdotal por excelencia, es decir, si se remontan por amor al progreso hasta las costas de la India. Pero en esos libros no es el génio de la esperanza sino el del desaliento el que habla: hay un no sé qué de incompleto en el sueño de la filosofía de estos nuevos Güelfos: es el sueño de la filosofía encerrado en el Spielberg y siéntense en él las huellas, no de las cadenas, pero si de las ideas austriacas. El mas liberal, el mas audaz de esos espíritus funda su constitucion ultramontana, su quimera de libertad, ¿en qué? en la censura.

Ilusiones de las ruinas en espíritus engañados por el espejismo del pasado! Italia se busca hoy en el fantasma de Gregorio VII, como en la Edad-media se buscaba en el fantasma de César. Los Gibelinos no han resucitado á César; los nuevos Güelfos no resucitarán á Gregorio VII. Es preciso despertarse de ese sueño de mil años; y si hay alguna salvacion, buscarla en lo que es, no en lo que fué; en el menor corazon que late, mas bien que en la tumba de César, de Pompeyo ó de Hildebrando.



Contemplo el espíritu del Norte y el del Mediodía semi-dominados por dos teocracias, por dos papados de formas diversas: uno antiguo que trata de renacer y que tiene su foco en Roma; otro nuevo que se prepara en silencio y tiene su centro en Petesburgo. En su principio, la autoridad espiritual y la temporal están identificadas, puesto que el papa y el emperador se confunden en el soberano de Rusia. De un lado, hay un anciano al que se quiere volver la ambición y la esperanza perdidas: al rumor de los himnos de la Edad-media aguarda aún que el mundo se le someta. De otro, está el papa eslavo, soldado y sacerdote, que de pie sobre la frente de su clero, creando é imponiendo liturgias, entregando un pueblo entero á sus autos de fé, codicia también, en nombre del espíritu, la supremacía universal.

¿Porqué reaparecen estas dos figuras del absolutismo espiritual? ¿Porqué nos asedian el Mediodía y el Norte, uno con su pasado, otro con su porvenir? ¿Porqué se levantan en torno nuestro esas inmensas, esas colosales ambiciones? ¿Porqué piden los muertos la herencia intelectual y libre de los vivos? Urge decirlo, porque no vivimos una vida bastante poderosa; porque parecemos languide-

cer de corazón y de alma; porque no hacemos todo lo que deberíamos de hacer; porque no somos ni como individuos ni como pueblos todo lo que podríamos ser, porque no llevamos ni á suficiente altura ni con bastante audacia la bandera del espíritu.

Se vé de léjos palidecer bajo un soplo nefasto el génio de Francia; créese entónces en el Norte y el Mediodía que todo se ha concluido, y herederos extraños se levantan para arrebatar, durante la noche, la corona de la civilización á la frente de Francia adormecida.

¿Cuántas veces no se ha dicho y repetido que nada tenemos que temer del Norte, porque el Norte es pobre y nosotros somos ricos? Pero la Providencia nos ha dirigido una gran advertencia, abriendo á esa Rusia que se creía tan miserable, tan incapaz de mantener un ejército, minas de oro en el Ural, más ricas que las minas del Perú. No es, pues, nuestro dinero lo que podrá salvarnos ni fortalecernos, ni mantenernos árbitros entre el Norte y el Mediodía. No arriesguemos el porvenir á cara ó cruz en una jugada de Bolsa entre el Papa y el Emperador. Nada ha cambiado para nosotros; lo que nos hará ganar hoy la partida es lo que nos la hizo ganar ayer: nuestro pensamiento, nuestra vida moral, nuestra li-

bertad, nuestra esperanza en el porvenir, nuestra alma francesa. Bebed en esta fuente, que es más profunda y más rica que los pozos del Ural.

Ciertamente se inspiran en móviles levantados los que, compadecidos de las enfermedades y de la miseria física del mayor número, procuran satisfacer el hambre del cuerpo. Cada día se vé nacer un nuevo sistema á esto encaminado, y he aquí uno de los rasgos más nobles de nuestro tiempo. Aquellos á quienes la piedad dejaría dormir tranquilos, se despiertan á media noche por espíritu de precaucion, porque todos saben que cuando el grito del hambre surge del fondo de un pueblo, es señal de un gran cambio en los Estados. Pero el hambre del alma, el hambre del espíritu, ¿no es terrible? ¡Ah! cuando comienza á trabajar á una nacion, es tambien cosa que debiera quitar el sueño.

Francia está muy acostumbrada á la grandeza para mendigar en la calle su vida moral. Ningun grito sale de las entrañas de este pueblo que marcha con la cabeza erguida, y sin embargo, juro que tiene hambre, hambre de pan del alma, porque hace mucho tiempo no ha sido nutrida de verdad, de lealtad, de esperanzas, de honor, de simpatias y de esa pu-

ra gloria que calma ó engaña su sed. No basta tener piedad del cuerpo: tambien el espíritu concluirá por clamar si todos se conciertan para dejarle morir.

Cuando la tribuna era una gran enseñanza moral y política, distribuida á Francia y al mundo, no habia necesidad de decir estas cosas; pero los tiempos han cambiado, y es preciso que se digan en alguna parte.

Bajo el punto de vista filosófico, toda la cuestion consiste en saber lo que se aguarda, lo que se reclama, lo que se espera de Francia. Si se estima que este pais nada tiene que hacer en el mundo sino atesorar en su vejez, reproducir por el derecho divino del oro las desigualdades del pasado, arrojar la Revolucion como moneda falsa; entonces es justo, es prudente, es lógico imponer á esta Francia humillada la humillacion de la razon humana. Si nos arrepentimos de la Revolucion, es preciso declarar al espíritu humano revolucionario y faccioso: á tal resultado tal teoría. Pero si se piensa, por el contrario, que Francia debe proseguir y extender su obra, que debe tarde ó temprano levantar la cabeza, que su mision no ha concluido, que ha de reconciliar algun dia el espíritu del Norte y el del Mediodia: entonces precisa tambien pro-

seguir, no volver á empezar, la vida espiritual, esperar en la energía del alma, creer en una nueva era de la inteligencia, buscar, todos á la vez, otras fuentes morales.

No ignoro que la sociedad que os rodea cree difícilmente en la esperanza, en el porvenir: os desanima á cada paso; os contradice: quisiera, comunicándoos su vejez prematura, arrebatáros el derecho de vivir. Resistid este primer combate; en él debeis fortaleceros. Sois la fuente nueva; no dejéis que pierda su limpidez al primer contacto. ¡Ah! si cada uno de vosotros supiese lo que en sí mismo posee, los siglos, la sangre vertida en las batallas, el valor, la luz, el génio, las verdades que se han necesitado para formar y templar en su seno su alma francesa, no la entregaría fácilmente prisionera en el primer conflicto. Los que os preceden al ménos tienen alguna razon para querer detenerse, han visto grandes cosas, la Revolucion, el Imperio, y su esperanza está satisfecha. Pero, nosotros, señores, nosotros, casi todos, ¿qué hemos visto? Tres días de Julio. ¡Ah! Tres días de verdad en una vida humana, son bien poca cosa. (1)

(1) La situación de Europa ha cambiado por completo desde la época en que Quinet daba estas confe-

---

## CONFERENCIA II.

---

### DE LA TÁCTICA PARLAMENTARIA EN MATERIA DE RELIGION Y FILOSOFÍA.

Objeciones preliminares.—De la táctica en materia de religion y de filosofia.—Un peligro para el espíritu francés.—Los hábitos parlamentarios aplicados á los asuntos del espíritu.—Condiciones impuestas al eclecticismo por sus orígenes.—Falsa capitulacion que propone entre la ciencia y la fé.—*Se necesita una religion para el pueblo*.—Los privilegiados de la luz, los proletarios de las tinieblas.—El fin del mundo moral.—Algo se muere.—El ideal doctrinario.

En el camino que entramos es inevitable encontrar nuevos adversarios: servirán para señalar nuestros progresos. Tarde ó temprano debemos reunir en contra nuestra, casi igualmente, á

---

rencias. España, estableciendo definitivamente la libertad religiosa, ha roto las ligaduras que la esclavizaban al pasado. Italia renunció á esperar del Papado